

## CAPÍTULO XIV

**Resumen de las inducciones.**

§ 188. Cabe llegar á conclusiones definidas, cuando los datos á que hay que atender son pocos y precisos; pero cuando los datos son vagos y múltiples, las conclusiones tienen que adolecer de una indefinición proporcional. Sirvan de ejemplos extremos respectivamente las Matemáticas puras y la Sociología. Los fenómenos de la vida individual son harto complejos; más aún los de la vida de individuos agregados; y su gran complicación aumenta todavía con la multiplicidad de formas y la variabilidad de las condiciones circundantes.

A las dificultades que nacen de aquí para la generalización, se agregan las que origina la naturaleza incierta de los testimonios—el carácter dudoso, incompleto y contradictorio de las referencias de hechos á que necesitamos recurrir.—No todos los viajeros son dignos de fe. Unos son malos observadores; otros juzgan bajo la preocupación de creencias ó de costumbres, de predilecciones ó antipatías personales; y ninguno se encuentra en circunstancias completamente propicias para llegar á la verdad. Lo mismo los historiadores. Muy poco

de lo que narran procede de observación directa. La mayor parte viene por conductos que colorean, oscurecen ó desfiguran los hechos; y nunca faltan ideas políticas, fanatismos religiosos y sentimientos patrióticos, que se encargan de exagerar ó suprimir. Hay, pues, la exposición de que se desnaturalicen los testimonios referentes á cosas morales.

Muchos de los pueblos agrupados bajo el mismo nombre suelen ofrecer grandes diferencias de carácter, como, por ejemplo, los australianos, entre los cuales se observa que algunas tribus son apacibles y tratables, y otras turbulentas é indómitas. Además, la conducta, los sentimientos y las ideas de los pueblos indígenas sufren á menudo tales mudanzas, que las descripciones de unos viajeros difieren completamente de las de otros, con sólo que medien algunos años entre sus respectivas visitas. La influencia de los misioneros y más aún el contacto con los traficantes y colonos de raza blanca, oscurecen frecuentemente los sentimientos y las creencias originales. En todas las partes del mundo existen pruebas de que el trato con los europeos degrada á los aborígenes. He ahí, pues, nuevas causas que desvirtúan los testimonios.

Todavía hay las complicaciones consiguientes á los cambios de país y de ocupaciones. Aquí, las tribus tienen que estar en lucha con sus vecinos; allí tienen que entregarse á una vida pacífica: de donde resulta, entre otras cosas, que las ideas y sentimientos correspondientes á un estado anterior, sobreviviendo mucho tiempo en un posterior estado, aparecen en desacuerdo con él.

Esperemos, por consiguiente, encontrar anomalías, y contentémonos con conclusiones que sólo valdrán como términos medios.

§ 189. Para comprender plenamente la significa-

ción de las inducciones, recordemos la naturaleza propia de la cooperación social. Como hemos indicado en el § 48, la moral, bajo el punto de vista sociológico, no es otra cosa que «una exposición precisa de las formas de conducta que se amoldan al estado de asociación»; y en párrafos ulteriores se ha visto claramente que el estado de asociación, elevándose sobre los primitivos grupos en que los individuos viven simplemente en relación de contigüidad, sin mutua oposición ni ayuda, no puede subsistir sino mediante una cooperación efectiva, ya para la defensa exterior, ya para la sustentación interior. Lo que quiere decir que, en igualdad de circunstancias, la prosperidad de las sociedades depende de la medida en que satisfagan las condiciones de esa cooperación. Así, pues, gracias á la supervivencia de los mejor acondicionados, llegan á predominar los principios de conducta que implican el respeto á esas condiciones, y los sentimientos que vienen en apoyo de tales principios; mientras que los principios de conducta referentes tan sólo á aquellas partes de la vida de los individuos que no afectan manifiestamente á la cooperación social, no obtienen sanciones tan acentuadas y constantes.

Tal parece ser la explicación de un hecho que habrá extrañado á varios de los lectores de los últimos capítulos, á saber: que las ideas y sentimientos referentes á la templanza y á la castidad no se presentan en relación tan inteligible con el tipo y el desarrollo social como las ideas y sentimientos tocantes á la conducta cooperativa, interna ó externa. Y es que si hay hombres, diseminados en la colectividad, que coman ó beban con exceso, los males que de ahí resulten no afectan á la comunidad más que indirectamente. En primer término, no padece de una manera directa el poder mi-

litar, mientras la glotonería ó la embriaguez no cundan entre la fuerza armada en términos de menoscabar la disciplina. Y en segundo término, no padece directamente tampoco la obra de la sustentación social, mientras el que come ó bebe con exceso no ataca á los suyos ni les ocasiona ninguna molestia. Con tales vicios, un hombre puede respetar las personas y los bienes de sus conciudadanos y cumplir puntualmente sus compromisos; por consiguiente, puede ser fiel á los principios fundamentales de la cooperación social. Todo el daño que esa conducta infiere á la sociedad se reduce al que deriva del deterioro de una de sus unidades. Otro tanto puede decirse de la falta de castidad: no se opone necesaria é inmediatamente á la cooperación externa ó interna, aunque á la larga contribuye á la decadencia de la población en cantidad ó calidad. En ambos casos, la conciencia social, no dándose clara cuenta de los resultados sociales, no engendra siempre un sentir social unánime.

Otra cosa acontece con aquellos géneros de conducta que violan directa y abiertamente las condiciones de la cooperación social, externa ó interna. La cobardía ó la insubordinación reducen de una manera ostensible la eficacia de un cuerpo de combatientes; de aquí que al punto se llegue á ideas y sentimientos unánimes con respecto á una y á otra. Así también, el atacar ó asesinar á conciudadanos, arrebatarles sus bienes, faltar á los contratos celebrados con ellos, son acciones en pugna tan abierta con las acciones constitutivas de la vida social, que generalmente atraen la reprobación. Por lo mismo, aunque en sociedades diferentes haya gran divergencia de opiniones y sentimientos en punto á semejantes actos, esas divergencias corresponden á las de los tipos de actividad social; de manera que

hallamos tal ó cual orden de reprobaciones según que predomina tal ó cual tipo.

Los capítulos anteriores, considerados en conjunto, nos muestran un grupo de caracteres morales propio de una vida de enemistad exterior. Cuando las cooperaciones sociales predominantes toman la forma de un combate perpetuo con los pueblos vecinos, la agresión y el robo son motivo de orgullo, la venganza se torna imperioso deber, el arte de mentir es un honor, y, excepto en las tribus pequeñas que no llegan á desarrollarse, la obediencia á jefes y soberanos despóticos es la mayor virtud; al mismo tiempo se desdeña el trabajo y no se respeta la justicia dentro de la sociedad sino en el grado mínimo indispensable para la conservación de su existencia. Al revés: cuando las cooperaciones sociales predominantes tienen por objeto la sustentación interior, habiendo desaparecido ó disminuido considerablemente las cooperaciones contra enemigos de fuera, entonces la agresión no provocada merece poco ó ningún aplauso; el robo, aun contra enemigos, deja de ser honroso; la venganza no se reputa ya una necesidad; la mentira es objeto de universal reprobación; se reclama justicia en las relaciones de unos ciudadanos con otros; la obediencia política disminuye hasta el punto de despreciarse la sumisión á un déspota, y el trabajo, lejos de mirarse como un oprobio, se considera, en una ú otra forma, como un deber de todos.

Claro es que las diversidades de naturaleza heredadas del pasado por diferentes razas, los efectos de costumbres consagradas por el tiempo, el influjo de las creencias religiosas, así como las condiciones peculiares de cada sociedad, complican y atenúan estas relaciones; pero en sus líneas generales, son bastante claras—todo lo claras que podía esperarse.

§ 190. Así se explica que en diversas sociedades, y en una misma sociedad bajo diversas condiciones, prevalezcan modos de pensar y sentir diametralmente opuestos. Se han dado pruebas numerosas de esta verdad en los capítulos anteriores; pero conviene reforzarlas aquí con una serie de antítesis.

Entre nosotros, la perpetración de un asesinato deshonra para siempre la memoria de un hombre, y empaña durante generaciones la de todos sus parientes; pero los pazanes tienen un punto de vista completamente distinto. Uno que había matado á un molah (sacerdote) y no logró ponerse al abrigo de los vengadores, acabó por decir: «Tengo que ser mártir. Mataré un sahib.» Mató á un sargento inglés, y se dejó ahorcar, muy satisfecho «de haber expiado su crimen (1)».

El sentimiento moral reinante en Inglaterra induciría á mirar con desprecio al hombre que se dejase reducir á la esclavitud sin resistencia; pero los individuos de la tribu de Dreketé, que provee de esclavos á Viti (2), «decían que era su deber servir de alimento á los jefes y de víctimas para los sacrificios», y que «los honraban considerándolos á propósito para tan noble fin».

Menos extremo, pero de análoga índole, es el contraste de sentimientos que nuestra historia registra en los últimos siglos. En la época de Isabel, sir John Hawkins inauguró la trata de esclavos, y en conmemoración de la hazaña se le permitió poner en su escudo «medio negro atado con una cuerda»; de esa suerte proclamaba él, y confirmaban la reina y el público, el mérito de la acción. Pero hoy es una cosa abominable

(1) Oliver: *Over the Border, or Pathan and Biloch*, 1890, páginas 139, 140.

(2) Erskine: *Cruise in the Western Pacific*, 461-464.

ese «colmo de todas las ignominias», como llamaba Wesley á la esclavitud, y durante años hemos sostenido una flota para acabar con la trata.

Los pueblos que se han elevado sobre la primitiva organización de la familia y de la tribu, piensan que el culpable de un crimen es el que debe sufrir el castigo, y que sería la mayor de las injusticias que el castigo recayese sobre cualquier otra persona; pero nuestros remotos ascendientes pensaban y sentían de otra manera, como piensan y sienten aún los australianos (1), «cuyo gran principio fundamental, en materia de castigo, es que, si el culpable no parece, todos sus parientes son solidarios del crimen»; «los hermanos del criminal se consideran á sí mismos tan culpables como él».

Las naciones civilizadas reconocen la personalidad de la mujer en la medida suficiente para no suponer ligadas su vida y su libertad á las del marido; y ahora, después de haber obtenido el derecho de propiedad á título personal, la mujer lucha por adquirir su completa independencia, doméstica y política. Pero otra cosa ocurre ú ocurría en Viti (2). Las esposas de los jefes estiman como un deber sagrado dejarse ahogar á la muerte de sus maridos. Una mujer á quien salvó Williams «se escapó durante la noche, atravesó á nado el río, y, presentándose á los suyos, pidió la consumación del sacrificio, que había eludido en un momento de flaqueza»; y Wilkes nos habla de otra mujer que colmó á su salvador de improperios y le profesó siempre en lo sucesivo un odio mortal.

En Inglaterra y en el continente, á la prohibición religiosa del robo y á su castigo por la ley, acompaña

(1) Grey: *Expeditions of Discovery in N. W. Australia*, 1841, II, 239.

(2) Erskine, ob. cit., 228.

una reprobación social tan enérgica, que jamás se perdona al ladrón. En el Beluchistán, no obstante, imperan ideas y sentimientos radicalmente diferentes (1). «Según una copla popular, el beluche que roba y mata asegura el cielo á siete generaciones de antepasados.»

Entre nosotros, todas las clases sociales censuran enérgicamente la falta de sinceridad; pero no pasa así en muchas partes del mundo. En Blantyre (2), v. gr., según Mac Donald, «llamar á uno embustero es más bien dirigirle un cumplido».

A los ojos de los ingleses, la simple sospecha de incontinencia basta para mancillar á una mujer; pero hay pueblos que no opinan del mismo modo, y que á veces opinan lo contrario: «para el votiaiko la incontinencia es una virtud (3)».

En resolución: sobre todos los puntos capitales de conducta, las diversas razas de hombres, y las mismas razas en diversas fases de su historia, profesan opuestas creencias y manifiestan opuestos sentimientos.

§ 191. Iba á decir que las pruebas expuestas en los capítulos anteriores, y concentradas como en un foco en el último párrafo, deben desvanecer de una vez para todas la creencia en un sentido moral, tal como se entiende comúnmente. Pero no me permite esperarle una larga experiencia. Ni argumentos concluyentes ni aglomeraciones de hechos destruyen en general convicciones de larga fecha.

Sólo para aquellos á quienes no encadenan creencias ni teorías á la hipótesis de una humanidad creada por medios sobrenaturales, será notorio que en el espíritu del hombre no existe una conciencia implantada origi-

(1) Oliver: *Over the Border*, pág. 29.

(2) Mac Donald: *Africana*, 1882, I, 185.

(3) Buch: *Die Votjaken*, 46.

nalmente. Aunque, según acredita mi primera obra, la *Estática social*, hubo un tiempo en que adopté la doctrina de los moralistas intuitivos (plenamente al principio, y en capítulos siguientes con algunas restricciones subentendidas), sin embargo, he ido viendo poco á poco que las restricciones indispensables destruyen de hecho la doctrina, tal y como se formula. Puesto que entre nosotros es cosa corriente la creencia de que el que roba y no se arrepiente se condena por toda la eternidad, mientras que, según un adagio de los beluches, «Dios no puede favorecer al que no roba ni saquea (1)», es imposible sostener que los hombres tienen en común una percepción innata de lo bueno y de lo malo.

Pero ahora, después de reconocer que la doctrina del sentido moral en su forma originaria no es verdadera, debemos reconocer también que anuncia en bosquejo una verdad, y una verdad muy superior. Porque los hechos citados, capítulo por capítulo, concurren á probar que las ideas y sentimientos corrientes en cada una de las sociedades se amoldan á su género predominante de actividad. Una vida de continua enemistad externa engendra un código que inculca la agresión, la conquista y la venganza, y que condena las ocupaciones pacíficas. Y viceversa: una vida de permanente amistad interior engendra un código que inculca las virtudes conducentes á una cooperación armoniosa: la justicia, la honradez, la veracidad, el respeto al ajeno derecho. Lo cual significa que si la vida de amistad interna prosigue sin interrupción de unas en otras generaciones, debe producir, no sólo el código adecuado, sino la naturaleza emocional adecuada: un sentido mo-

(1) Oliver: *Over the Border*, pág. 24.

ral adaptado á las exigencias morales. Hombres así acondicionados adquirirán, en la medida indispensable para que los guíe cumplidamente, esa conciencia innata que los moralistas intuitivos reputan patrimonio de la humanidad en general. Basta la persistencia de una absoluta paz en el exterior, y la abstención rigurosa de agresiones en el interior, para que los hombres se amolden á un tipo caracterizado naturalmente por todas las virtudes.

Una inducción especial corrobora esta inducción general. Se han visto las prendas elevadas de carácter que demuestran varios pueblos no civilizados, si inferiores á nosotros en diversos sentidos, superiores moralmente; y se ha hecho la observación de que todos ellos están libres de antagonismos interiores. Los pueblos en que tal conexión se nota pertenecen á distintas razas. En las montañas de la India se encuentran algunos de origen mongol, kolariense ó dravidiano; en los bosques de Malaca, en Birmania y en las regiones apartadas de la China existen tribus así, aunque de muy diversa casta; en el Archipiélago Indico las hay de estirpe papúa; los afables ainos del Japón «no tienen tradiciones de contiendas mortíferas (1)», y en el Norte de Méjico hallamos un grupo de indígenas, sin afinidad con los restantes: los indios pueblos. No podríamos desear prueba más concluyente que la que ofrecen esos grupos aislados de hombres, tan distantes entre sí y de raza tan diversa, pero tan semejantes en estas dos cosas: en que las circunstancias los han eximido de la guerra durante mucho tiempo, y en que ahora son orgánicamente buenos.

La bondad que puede alcanzarse en esas condiciones

(1) Bird: *Unbeaten Tracks in Japan*, II, 103.

excita el asombro de los que sólo conocen la de los pueblos engreídos con su superioridad. Testimonio: el comentario del general Fytche, á propósito de la memoria de Mr. O'Riley sobre los let-htas: «Lo que refiere acerca de su aprecio de la bondad moral y de la pureza de su vida, comparada con la de las tribus semicivilizadas entre las cuales moran, tiene todo el sabor de una novela (1).»

¿No es razonable inferir que las grandes naciones civilizadas llegarán á la situación que han alcanzado esas tribus pequeñas é incultas, cuando la vida de amistad interior sacuda el yugo de la vida de enemistad externa?

§ 192. No supongo que la perspectiva de tal eventualidad sea lisonjera para todo el mundo. No agrada de fijo á los muchos que en Oriente abrigan la creencia tácita de que los indos han sido creados para beneficio de los ingleses de la India. Semejante situación parecerá quizá poco apetecible á los hombres que se alquilan para hacer fuego sobre otros á la voz de mando, sin preocuparse de la justicia de su causa, y que se consideran absueltos por una orden emanada de Downing Street. Bien así como los antropófagos no miran con buenos ojos la supresión del comestible humano, las naciones «sociófagas», como la nuestra, no ven con gran placer la eventualidad del término de las conquistas. No debe desear vehementemente tal estado de cosas el primero de nuestros generales, que declara los deberes del soldado «los más nobles que pueden caber en suerte á un hombre», y que tiene por divisa: «El hombre es el lobo de sus semejantes (2)».

(1) Fytche (General): *Burma, Past and Present*, 1, 343.

(2) General Wolseley: *The Soldier's Pocket Book*, 5.—Debre: *Peerage*.

Y, por extraño que parezca, tampoco regocijará esa perspectiva á los que predicán «paz y buena voluntad entre los hombres», porque no se presenta asociada á su credo. La creencia de que la humanidad no puede ser virtuosa más que aceptando el cristianismo, es incompatible con la conclusión aquí afirmada de que la disciplina constante de la cooperación pacífica modelará idealmente la humanidad. La doctrina de que el hombre, malo de suyo, no puede hacerse bueno sino mediante la promesa del cielo y la amenaza del infierno, les parece á nuestros teólogos mucho mejor que la doctrina de que el hombre no es malo de suyo, y se hará bueno bajo condiciones que ejerciten sus sentimientos superiores y no den pábulo á los inferiores. Complácenles los hechos que parecen presentar á la naturaleza humana no cristianizada como irremediabilmente viciosa, á título de justificaciones de su religión; pero les repugna todo testimonio que tienda á demostrar lo contrario y á evidenciar que su religión es errónea.

Y en verdad, no es seguro que deba deplorarse su actitud, porque hace falta que el culto dominante guarde cierta correspondencia con el estado social y el promedio de la naturaleza de los hombres. Si se dice que los individuos de estas naciones de Europa, aficionadas á la rapiña de territorios, no pueden ser gobernados por principios y sentimientos morales, como no se refuerzan con el miedo al infierno, por mi parte, no estoy dispuesto á contradecirlo. Cuando un escritor que, según los peritos, pinta fielmente á los «gentlemen» que mandamos fuera, nos presenta con fruición á uno que, en medio de un combate contra tribus que defienden su independencia, dice á los soldados: «¡Enviádmelos al infierno, hijos!», quizá están en lo cierto los que sostie-

nen que á tales hombres no los tiene á raya más que el temor de un Dios que «los envíe al infierno», si claudican. Me parece muy natural que la creencia en un Dios que mira impassible los eternos tormentos de infinitas criaturas, sobreviva durante un estado del mundo en que bárbaros vestidos de paño pisoteen á bárbaros vestidos de pieles ó desnudos.

Pero los pocos que, viendo retrospectivamente las transformaciones operadas en millares de años, miran en perspectiva las transformaciones semejantes que es de esperar acarreen los miles de años futuros, contemplarán con satisfacción una humanidad tan adaptada á una vida social armoniosa que cada hombre cumplirá espontánea y placenteramente todos sus fines, sin detrimento de los demás.

## LA MORAL PERSONAL

(ÉTICA DE LA VIDA INDIVIDUAL)

### CAPÍTULO PRIMERO

#### Introducción.

§ 193. En los catorce capítulos anteriores se ha visto que la forma local de la naturaleza humana, los antecedentes sociales y las circunstancias ambientes, determinan los sentimientos y las ideas morales en cada tiempo y lugar.

Hemos mostrado, si no explícitamente, de una manera tácita, que el lenguaje que se usa para hablar de cuestiones morales entraña de tal modo las creencias corrientes, que es punto menos que imposible pensar desentendiéndose de ellas: las palabras empleadas constituyen peticiones de principio. Las voces «deber» y «obligación», por ejemplo, llevan consigo la idea de obediencia, de subordinación, de sujeción á una autoridad, é implican, por consiguiente, que la conducta no es buena ó mala por su naturaleza intrínseca, sino en virtud de mandatos extrínsecos. ¿Cómo, pues, sustraernos al influjo del código particular en que hemos sido educados y á las connotaciones falaces de nuestras palabras?

Evidentemente, hay que olvidar por el momento